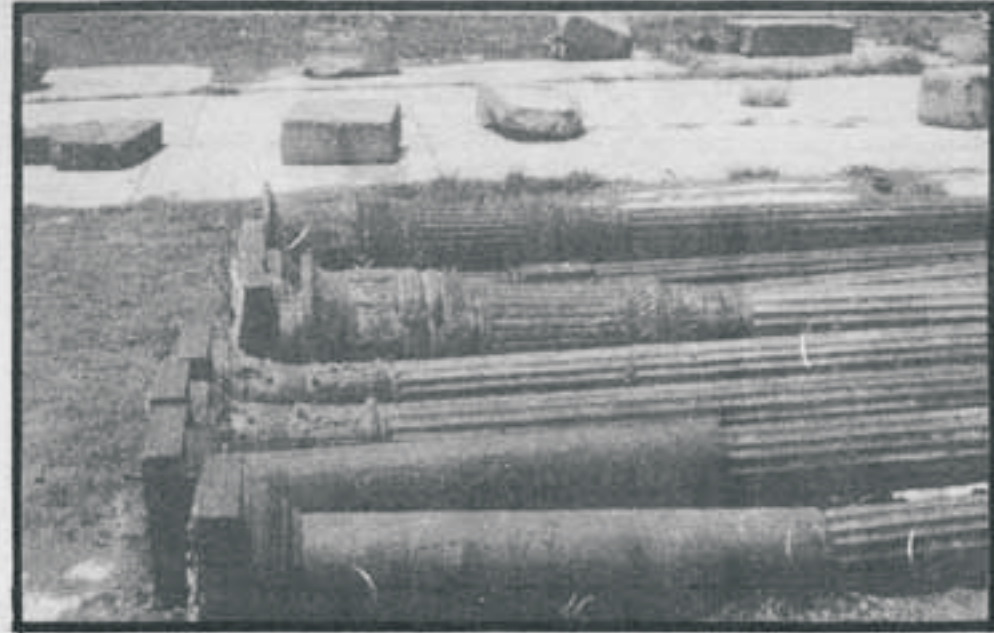




El antiguo museo de Teotihuacán en 1920 con la museografía realizada por Manuel Gamio mostrando sus hazañas recientes en lo que fue un museo modelo en América Latina para su época.



Vista del estado actual del viejo museo; pueden apreciarse los restos de pisos, piezas arqueológicas de piedra dispersas y las columnas de hierro quebradas y oxidadas.

SALVEMOS AL ANTIGUO MUSEO DE TEOTIHUACAN

Daniel Schavelzon

En los primeros años de nuestro siglo, Manuel Gamio, entonces jefe de la Dirección de Arqueología, inició uno de los proyectos antropológicos más importantes de la historia; fruto de él fueron los tres grandes volúmenes de *La población del Valle de Teotihuacán*¹. Este trabajo fue una investigación sistemática que cubrió todos los aspectos de la vida, historia, arqueología, religión, estructura social y de parentesco de los habitantes actuales de Teotihuacán. No sólo quería entender su desarrollo histórico, sino utilizar la historia y la arqueología para hacer comprensible la situación de subdesarrollo y marginación de esos pobladores. No sólo fue revolucionario en su momento, sino que aún sigue siendo un modelo metodológico para la

investigación social.

Pero Gamio no se quedó en los aspectos teóricos, sino que a partir de sus observaciones realizó obras concretas para mejorar el nivel de vida de los teotihuacanos modernos, y también para proteger las obras de los teotihuacanos antiguos². No es éste el lugar para analizar detenidamente su obra, otros ya lo han hecho en una bibliografía sobre él y sus aportes a México.

Lo que aquí queremos destacar es la necesidad de proteger algunos restos materiales de su obra, no olvidados en la bibliografía, pero sí en la práctica.

Entre las muchas obras emprendidas en Teotihuacán, se encuentra el museo que él organizó. Si bien no fue el primer "museo de si-

tio"³, fue el primero de esa ciudad prehispánica, meca de viajeros y arqueólogos durante medio siglo. Se le construyó con las grandes columnas de hierro fundido que dejaron en el sitio Don Leopoldo Batres, entre 1906 y 1907, para la obra que nunca pudo terminar. Estas fueron decoradas con motivos neoprehispánicos de primerísima calidad, cuyo molde original fue especialmente realizado para esa obra, destruyéndose más tarde. En su interior se encontraban claramente expuestos, y con la típica museografía de la época, los principales objetos descubiertos en las excavaciones de la zona arqueológica⁴.

Junto al museo, otras obras completaban la infraestructura que necesitaban los arqueólogos; baños, bodegas y oficinas. Con el paso

del tiempo, la falta de mantenimiento adecuado y las nuevas exigencias del turismo transnacional, el museo se hizo poco funcional, chico, con pocas posibilidades, y su destino quedó marcado: la destrucción.

Cuando se realizaron nuevos trabajos arqueológicos en los años 1962-1963 se le demolió, trasladaron sus piezas a las bodegas del Museo Nacional de Antropología, y se inició la construcción de un museo nuevo (el actual), con las comodidades que exigía la época y el turismo masivo. Con esto se olvidó completamente el viejo museo, que incluso quedó a medio destruir⁵.

Si visitamos actualmente el sitio (a un lado de la pirámide del Sol), frente al hermoso jardín hecho también por Gamio y sobre los escombros que allí arrojó Batres de sus excavaciones, podemos apreciar un triste panorama: las ruinas del viejo museo.

De lo que fue una hermosa obra del eclecticismo mexicano, queda un pavimento decorado, ocho excelentes columnas partidas y en pleno proceso de deterioro aunque aún resisten el óxido y la intemperie; las bancas interiores, y una cantidad de grandes esculturas originales de piedra, tiradas en el suelo. Algunas de ellas tienen a su vez, además del valor arqueológico, un valor histórico. Por ejemplo, los crótales de Quetzalcóatl que allí se ven fueron descubiertos por Désiré Charnay hace un siglo⁶, así como otras más, abandonadas a la lluvia y a las montañas de basura y botes de cerveza que se juntan a diario sobre ellas.

Hay que rescatar esas columnas, parte inherente del pasado histórico de México, no sólo por su valor estético —por lo demás único en la actualidad, puesto que no quedan otras similares probablemente en todo el país— sino por lo que representaron y representan. Son parte de la historia de la arqueología y también parte de la historia del arte y la arquitectura. Y si bien gran parte del patrimonio cultural se encuentra en el abandono, no por eso debemos olvidarnos de este caso. Nada costaría trasladarlas unos centenares de metros hasta las nuevas bodegas del sitio y restaurarlas. Mejor sería llevarlas al nuevo museo, dándoles el lugar digno que les corresponde.